La nueva Rusia de PEDRO I EL GRANDE

Pedro I el Grande, ante el Neva, esmalte de 1723 (San Petersburgo, Museo del Ermitage).

Hace 300 años, Pedro I el Grande puso la primera piedra de San Petersburgo, una ciudad asomada a Europa y destinada a convertirse en el emblema de una nueva Rusia, territorialmente mayor, políticamente reformada y con sed de aproximación cultural a Occidente. El Zar despertaba con éxito al gigante dormido

Pedro I, el reformador
Juan Manuel Carretero
pág. 74

La forja de una potencia. El conquistador
José María Solé
pág. 81

La nueva imagen del poder. El constructor
Carlos Martínez Shaw
pág. 86

Pedro I
EL REFORMADOR

Transformó la vieja Rusia, lavándole la cara a su pesar y recortando el poder de los popes ortodoxos y la nobleza feudal. El balance de su obra es irregular, pero su figura se convirtió en un icono y un modelo para sus sucesores. **Juan Manuel Carretero** recrea su biografía

Luis XV niño recibe a Pedro I el Grande en su segundo viaje a Occidente, según un grabado del siglo XIX.

Para unos, un verdadero arcángel redentor de las Rusias; para otros, la más acabada imagen del diablo, el zar Pedro el Grande ha sido considerado –por encina de filias y fobias– como un hito fundamental en la historia de la Rusia moderna y, sin duda, el primer zar en diseñar una política de reformas, de modernización, tendente a transformar una Rusia de impronta asiática en una potencia alineada con los destinos de Europa. Ello conducirá a un modelo histórico enormemente atractivo, contradictorio y de múltiples contrastes: en definitiva, la dialéctica entre una Rusia tradicional y una Rusia moderna y europea, en constante tensión política y social. En este sentido, quizá sea San Petersburgo –la gran creación personal del zar– el mejor símbolo para evaluar los fortísimos contrastes del reinado de Pedro el Grande. En efecto, San Petersburgo constituirá frente a Moscú la dualidad entre la Rusia moderna y quizá laica, y la Rusia apegada a las tradiciones y a la religión. San Petersburgo, la ciudad de Pedro, la ciudad arquetípica del mundo moderno, la ciudad según Dostoievski, en su *Hombre del subsuelo*, "más abstracta y premeditada del mundo" será siempre, desde el zar Pedro, la antítesis de Moscú; ésta simbolizará las tradiciones seculares, la sangre rusa, la tierra y lo sagrado; San Petersburgo se identificará con lo moderno, con las influencias europeas, con la mezcla de culturas, con lo secular y, en definitiva, con la idea de modernidad. Y sobre esta dualidad, la voluntad de un reformador con un tesón de modernización de un país simbolizado en la creación de una ciudad a partir de una realidad geográfica imposible. Nadie mejor que Alejandro Pushkin en sintetizar, en su famoso *El jinete de bronce* (1833), ese tesón transformador y modernizador de Pedro el Grande:

"Junto a las olas desoladas estaba Él y, pleno de poderosos pensamientos, observaba. Pensó él: aquí, para nuestra gloria, la Naturaleza ha ordenado que horademos una ventana a Europa; se alzará a pie junto al mar... y, ahora, ante la capital más joven, Moscú se apaga, como, ante una nueva zarina, la viuda de la púrpura... os amo obra maestra de Pedro".

Juan Manuel Carretero, Universidad Complutense, Madrid.

Nobles rusos con indumentaria del siglo XVII, antes de las reformas de Pedro I, según una *Historia ilustrada del vestido,* del siglo XIX.

Icono para la Historia rusa

Aunque su obra política ha sido frecuentemente discutida en Rusia –especialmente en el siglo XIX– por ciertas corrientes conservadoras, como responsable de la ruptura social entre un nobleza rusa europeizada y un pueblo que permaneció asido a una tradición lastrada por la religión, lo cierto es que Pedro el Grande también ha gozado del reconocimiento de la Historia rusa. La emperatriz Catalina la Grande siempre se consideró gloriosa sucesora del zar Pedro. En todos y cada uno de los

Los *streltsi*, frente al Kremlin de Moscú, en un grabado de 1682, año en que esta **guardia del zar** se rebeló.

graves momentos de la historia rusa –la invasión napoleónica de 1812 y la agresión alemana de 1941– la figura de Pedro el Grande ha emergido identificada con la imagen del patriota ruso, celoso de su independencia y del defensor de la grandeza de la patria. Incluso bajo el régimen soviético, tras la Segunda Guerra Mundial, la imagen del zar Pedro el Grande ha gozado de un puesto preeminente en la Historia: una época en que Rusia salió de la Edad Media para integrarse en la comunidad de Estados modernos de Europa.

El futuro emperador nació en Moscú el 30 de mayo de 1672. Hijo de Alexis, el zar más notorio del siglo XVII, y de su segunda esposa Natalia Nariskina, Pedro no contaba –en principio– como candidato al trono imperial. El zar había tenido de su primer matrimonio con María Miloslaski un total de catorce hijos, aunque sólo sobrevivieron dos varones: Fedor e Iván, este último ciego y casi mudo. Pedro fue el primer hijo del segundo matrimonio del zar, y en este punto cabe subrayar una circunstancia capital que explicaría el afán modernizador del futuro Pedro el Grande: su madre Natalia, aunque de remoto origen tártaro, se encontraba relacionada con el denominado *Suburbio alemán*, esto es, el barrio moscovita donde vivían los extranjeros y se respiraba un ambiente occidental.

A diferencia de sus hermanastros, Pedro nació de elevada estatura –llegó a medir en su juventud dos metros de altura– y, sobre todo, robusto y sin ninguna incapacidad. Pronto demostró enorme inteligencia y actividad: anduvo a los siete meses. A la muerte de su padre, el zar Alexis en 1676, Pedro desapareció de la escena pública, aunque el nuevo zar Fedor protegió la vida de su jovencísimo hermanastro. Ello permitió que Pedro siguiese habitando en el Kremlin y recibiese una educación en principio elemental, basada en la lectura de textos sagrados. No alcanzó nunca la excelencia de sus hermanastros el zar Fedor y la zarina Sofía, educados según la escuela teológica de Kiev: cultura clásica, teología e idiomas (latín y polaco). Por el contrario, a Pedro no le atrajo nunca el estudio, su nivel de escritura y lectura fueron bajos, no habló idiomas –salvo lo poco que aprendió de holandés y alemán entre sus amigos del *Suburbio alemán*– y su conocimientos teológicos y filosóficos fueron, en el mejor de los casos, superficiales. Pedro fue realmente un autodidacta sin orden y sin disciplina, movido por la curiosidad y el amor a la naturaleza. Le gustaba investigar el funcionamiento de las cosas y, sobre todo, los oficios manuales; el futuro zar llegó a ser un notable artesano, apoyándose en un poder físico fuera de lo normal, en el que sobresalían unas poderosas manos. Dominó la técnica de la talla sobre madera, piedra y metal; fue notable carpintero, albañil, herrero, alfa-

Pedro fue un autodidacta sin orden ni disciplina, movido por la curiosidad y un fuerte amor a la naturaleza

Los otros grandes

Carlos XII de Suecia

Estocolmo, 1682-Halden, 1718

El mayor enemigo de Pedro I el Grande se enfrentó a una alianza entre Dinamarca, Polonia y Rusia, que empezó con éxito en 1700. La invasión de Rusia en 1707 fue el mayor error militar, ya que el invierno pudo con él como más tarde les ocurrió a Napoleón y Hitler. En 1709, huyó a territorio turco, donde permaneció cerca de cinco años, logrando convencer al sultán para que atacara a Rusia. Cuando supo que los otomanos planeaban asesinarlo, huyó por Hungría y Alemania hasta Suecia. Murió misteriosamente de un disparo en Noruega, en el sitio de Friedrikshald.

Luis XIV de Francia

St.-Germain-en-L., 1638-Versalles, 1715

Hijo de Luis XIII y Ana de Austria, siempre desconfió de París, el Parlamento y la alta nobleza, a la que alejó de la función política. Consagrado en Reims en 1654, casó con María Teresa de Austria que, a cambio, renunciaba a sus derechos a la corona de España. En 1679, se instaló en Versalles, donde regía una elaborada pompa. El último periodo de su vida vio declinar su poder, por los grandes gastos ocasionados por sus empresas militares. En 1700, aceptó para su nieto Felipe de Anjou la corona de España, tras la muerte de Carlos II.

Felipe V de España

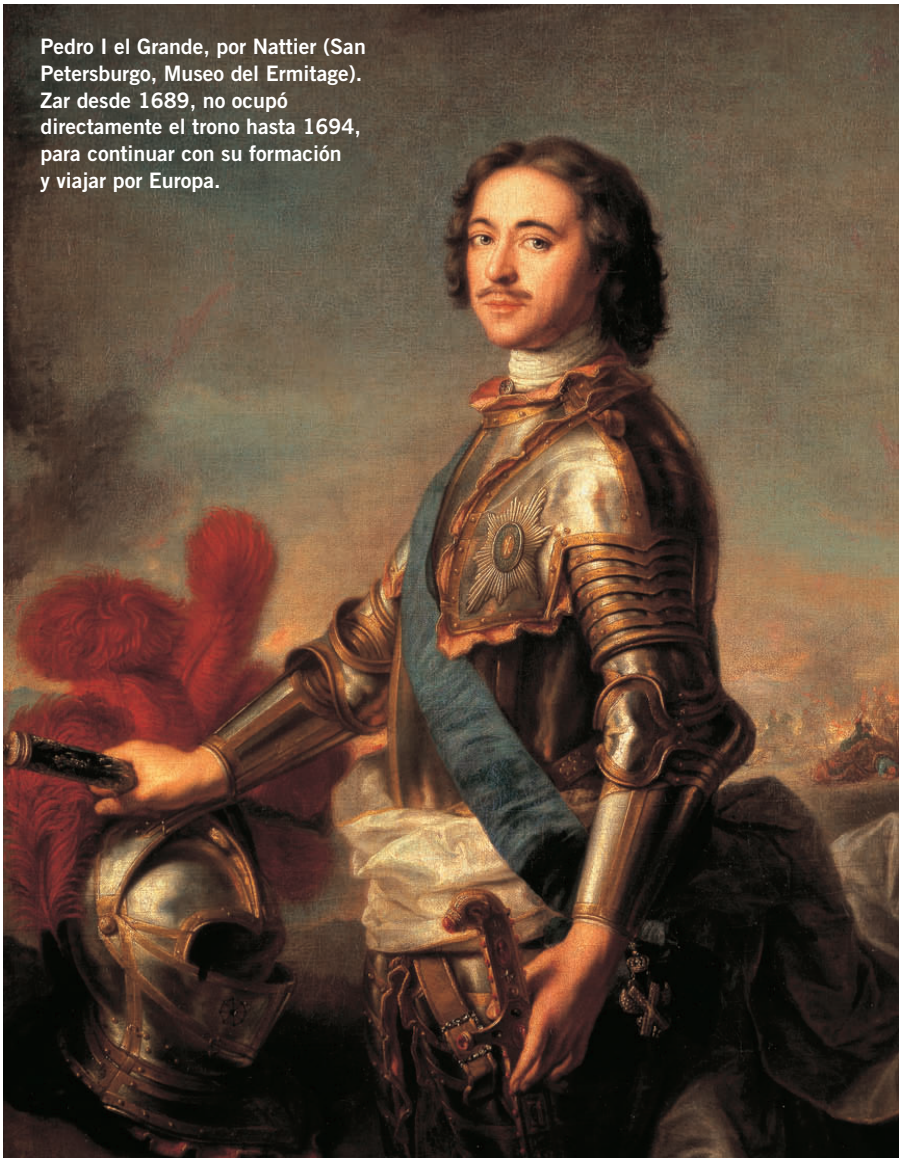
Versalles, 1683-Madrid, 1746

Nieto de Luis XIV, heredó la corona de España a la muerte de Carlos II. La Guerra de Sucesión se prolongó hasta 1714 y, aunque conservó el trono, hubo de aceptar el desmembramiento del Imperio español en Europa. Aquejado de fuertes crisis de melancolía, abdicó en su primogénito en 1724. Tras la prematura muerte de Luis I, recuperó la corona, a la que según algunos historiadores había renunciado para poder aspirar al trono de Francia.

rero, impresor y encuadernador. Le encantaba la mecánica, la geografía y el arte de navegar.

Hermanastros incapaces

Su acceso a la política se produjo a la muerte de su hermanastro el zar Fedor, un joven inválido que gobernó sólamente entre 1676 y 1682. También influyó en que su candidatura se viera favorecida por la incapacidad para el gobierno del sucesor natural Iván, hijo del zar Alexis y hermano de Fedor, otro joven de dieciséis años aquejado de notorias incapacidades físicas: medio ciego, medio inválido y casi mudo. Moscú y la jerarquía de la Iglesia ortodoxa se decantaron por Pedro, un niño de diez años, robusto y de mirada expresiva. El poder efectivo recayó inicialmente en su madre, Natalia Nariskina, en tanto regente, y en Artemón Matveiev, antiguo ministro del zar Alexis y protector de la regente Natalia desde su juventud. No obstante, el problema político no quedó resuelto, ante las aspiraciones de la zarina Sofía, hermanastra de Pedro y una de las ocho hijas que tuvo el zar Alexis de su primer matrimonio. Tras la rebelión de los *streltsi*, la guardia del Kremlin, Sofía fue proclamada regente, aunque el zar seguiría siendo Pedro. La regencia de la zarina, que intentó obtener en 1687 el título de autócrata, abarcó desde 1682 hasta 1689. El 11 de octubre de ese año, Pedro, procedente del encierro del monaste-



Pedro I el Grande, por Nattier (San Petersburgo, Museo del Ermitage). Zar desde 1689, no ocupó directamente el trono hasta 1694, para continuar con su formación y viajar por Europa.

Carlos VI, emperador germánico

Viena, 1685-1740

Pretendiente a la corona de España tras la muerte de Carlos II, era segundo hijo de Leopoldo I y Leonor de Neuburg. Se proclamó rey en Madrid durante la Guerra de Sucesión, pero la falta de apoyo popular le obligó a retirarse. En 1711, a la muerte de su hermano, el emperador José I, regresó a Viena para sucederle y en 1714 renunció a la corona de España. Fue el último descendiente directo de la Casa de Austria y le sucedió su hija María Teresa, a la que dejó un ejército y una administración desorganizados.

Jorge I de Gran Bretaña e Irlanda

Osnabrück, 1660-1727

Miembro de la Casa de Hannover, heredó los reinos británicos en 1714, aunque Inglaterra no le interesaba más que por sus rentas, ya que ni siquiera se molestó en aprender inglés. Tomó parte activa en la política internacional, concluyendo en 1717 la Triple Alianza con Francia y las Provincias Unidas. Al no saber inglés, dejó de asistir a las reuniones de sus ministros, facilitando el nacimiento del Gabinete, que se fue transformando en el órgano supremo del poder.

Estanislao I de Polonia

Lvov, 1677-Lunéville, 1766

Se presentó como candidato a la corona de Polonia cuando Carlos XII de Suecia expulsó a Augusto II y fue elegido en 1704, pero no logró imponerse. Carlos XII le llamó a Turquía tras la derrota de Poltava frente a Pedro I el Grande. Allí fue preso por los otomanos durante casi dos años. Después de casar a su hija con Luis XV, en 1725, se presentó de nuevo como candidato al trono de Polonia, tras la muerte de Augusto II.

Mujeres rusas del siglo XVIII vestidas con ropa de invierno, según una *Historia ilustrada del vestido,* del siglo XIX.

rio de Troitza, entró en Moscú y ocupó el trono de los zares.

No obstante, hasta 1694 no decidió el zar Pedro tomar directamente el gobierno de Rusia, entregando el poder efectivo a su madre Natalia, como regente, a su tío Lev Nariskin, Boris Golitsin y otros notables menos conocidos. Entre tanto (1689-1694), tras su matrimonio con Eudoxia Lopujina, el 27 de enero de 1689, el joven zar decidió proseguir en su vida de libertad y aprendizaje en el fructífero entorno del *Suburbio alemán*. Dicho suburbio se encontraba a unos cinco kilómetros de Moscú y constituía un enclave de los usos occidentales en plena Rusia; el término "alemán" no debe entenderse como exclusivamente germano, puesto que en el lenguaje moscovita de la época alemán se identificaba con extranjero. Pese a las reticencias de la jerarquía ortodoxa, reacia a cualquier contacto con el *Suburbio* por su peligro de occidentalizar el país y acabar con las tradiciones rusas, Pedro el Grande extrajo de él tanto los hombres, como las primeras ideas necesarias para acometer su proyecto modernizador de Rusia. De ese entorno surgieron los colaboradores más inmediatos: el escocés y experto militar Patrick Gordon, el soldado ginebrino François Lefort –que llegaría a ser íntimo del zar– y Andrés Vinicius, de origen holandés, con el que Pedro aprendería algo de holandés y latín. En ese mismo ambiente occidental, Pedro descubriría también a su amante: Ana Mons, de origen alemán.

Nada más comenzar su gobierno personal, el zar decidió, entre 1697 y 1698, realizar un viaje de incógnito por Europa occidental. Este viaje debe considerarse como uno de los mayores acontecimientos de la vida de Pedro el Grande y, sobre todo, como el perfecto colofón del periodo de formación personal iniciado en el entorno "de los alemanes": "Soy sólo un alumno que necesita aprender" fue el lema de este viaje. Visitó Brandemburgo, Hannover, Amsterdam, Londres, Praga y Viena, interesándose exclusivamente por las grandes conquistas industriales occidentales en general, y por todo lo relacionado con arsenales y construcción naval en particular. El zar volvió a Occidente en un segundo viaje (1716-1717), aunque en un contexto personal y político diferente: el zar Pedro fue recibido en Holanda y Francia como el nuevo dueño del Báltico.

De su primer viaje a Occidente, Pedro el Grande extrajo una conclusión fundamental que no abandonó a lo largo de todo su reinado: Rusia debía transformarse de un país nuevo de impronta europea. Para ello, era indispensable la reforma radical del ejército, de la administración y de la sociedad, como paso indispensable para afianzar una política exterior frente a Suecia, a Polonia y al kanato de Crimea, siempre bajo la protección de los turcos. La oposición a estas medidas de reforma fue inmediata. Antes de partir por primera vez hacia Occidente en 1697, el zar Pedro tuvo que hacer frente a una sublevación de los siempre inquietos *streltsi,* animados por la antigua regente Sofía y los sectores más tradicionales de la sociedad rusa, esto es, la jerarquía de la Iglesia ortodoxa y ciertos grupos nobiliarios refractarios a cualquier concesión a los usos occidentales. Aprovechando la ausencia del zar, los mismos sectores opositores diseñaron nuevas conspiraciones.

La Iglesia, decapitada

Aunque admirador de la política y modo de vida occidentales, Pedro I el Grande actuó como un monarca oriental en la represión de dichos sectores tradicionales. La Iglesia ortodoxa fue políticamente decapitada en 1701 cuando, a la muerte del patriarca Adrián, el zar consideró que había llegado la hora de poner fin a la poderosa institución del Patriarcado, sustituida por un órgano colegiado de todos los monasterios que, en definitiva, no era sino una *creatura* personal del zar para controlar definitivamente a la Iglesia ortodoxa. Con ello no solamente obtenía la anuencia de la poderosa clase sa-

Vista general de San Petersburgo en torno a 1756, por un pintor de la escuela de Canaletto (San Petersburgo, Museo del Ermitage).

cerdotal y desarmaba sus veleidades de intervenir en política, sino que ponía los fundamentos de un fenómeno trascendental en la modernización rusa: el fin del absolutismo confesional. Frente al monolitismo de la religión ortodoxa, Pedro prosiguió un tímido proceso hacia la libertad religiosa iniciado durante la regencia de Sofía, que culminó en 1702 con un *ukase*, decreto imperial, que permitía la práctica de cualquier religión. En el fondo, estas medidas tendían a proclamar la superioridad de zar (del Estado) sobre la jerarquía ortodoxa y, también, el deseo de Pedro de controlar los enormes recursos económicos de prelados y monasterios. De manera paralela, el debilitamiento de la Iglesia ortodoxa favoreció el robustecimiento del poder político del zar, cuyo poder absoluto ilimitado se asentaría tanto en principios bíblicos como en el derecho natural.

Pedro el Grande consideró siempre que la modernización de Rusia pasaba por el acercamiento intelectual y, sobre todo, geográfico a Europa. Ello conducirá a una agresiva política exterior con el objeto de conectar con los "caminos de Europa", el Báltico y el mar Negro, siendo el instrumento favorito la guerra. Y fueron las necesidades financieras y sociales de la guerra las que determinaron en buena medida el rumbo de la política de reformas. El propio zar, ante el Senado, lo sintetizó perfectamente: el dinero era la sangre que nutría las arterias de la guerra. A partir de estas necesidades, se diseñó una atrevida política económica y financiera.

Rusia, a finales del siglo XVII, era un país eminentemente agrícola. Pese a ello, el zar no mostró nunca excesiva preocupación por el desarrollo agrícola y ganadero, salvo algunos proyectos de colonización de las tierras de la zona del Caspio. Por el contrario, el norte de su política económica se polarizó en el desarrollo industrial y en el fomento del comercio. Para Pedro el Grande, la creación de un tejido industrial era consustancial con el desarrollo de una imponente maquinaria militar; esta circunstancia explica, también, la enorme debilidad de las estructuras industriales rusas: prevalecieron las producciones relacionadas con las necesidades militares –minería, metalurgia, armamento, textiles y construcción naval– y, sobre todo, fue el Estado el principal consumidor. A la larga, este cierto dirigismo económico resultó decisivo en el fracaso final del reformismo económico; Rusia construyó un sistema económico poco adaptado a sus posibilidades reales, de espaldas a la evolución general de la economía europea y, sobre todo, sobrado de voluntarismo. De igual manera, se edificó una fiscalidad de nuevo cuño basada en la desamortización de bienes eclesiásticos, en la creación de monopolios y, muy especialmente, en el incremento de la presión fiscal directa e indirecta. Los resultados finales fueron desastrosos: devaluación constante de la moneda y protestas sociales crónicas.

Fachada de la **Catedral de San Isaac,** en San Petersburgo, obra de Auguste Ricard de Montferrand, en una fotografía reciente.

Quizá el mayor éxito para la posteridad de esta política de reformas de Pedro el Grande sea la construcción de San Petersburgo en 1703, una ciudad que significaría la apertura económica, intelectual y política hacia Europa de la nueva Rusia soñada por el zar. San Petersburgo sería, al mismo tiempo, una plaza fuerte frente a los enemigos suecos, el centro del comercio y de la marina rusos y, por supuesto, la capital política y cultural de esa nueva Rusia. Como con frecuencia se ha señalado, acertadamente, San Petersburgo, la ciu-

Fachada principal del **Palacio de Invierno** de San Petersburgo, obra de Bartolomeo Rastrelli, actual sede del Museo del Ermitage.

dad de Pedro, se edificó sobre el fango del Neva, pero en piedra y a partir de la racionalidad; en tanto Moscú siempre sería una ciudad antigua, construida en madera, y sostenida intelectualmente por la tradición.

De manera paralela a la reforma económica y fiscal, Pedro consideró fundamental la transformación de la administración pública y del mismo sistema político. En síntesis, persiguió el ideal de un poder absoluto e ilimitado identificado con su persona; dicho poder estaría asociado con una administración pública apoyada en la funcionarización de las dos clases superiores de la sociedad rusa: el clero y la nobleza. El clero quedó a disposición del zar desde el momento que, suprimido el patriarcado, el órgano superior eclesiástico, el Santo Sínodo, estuvo presidido por un funcionario nombrado directamente por el zar. En cuanto a la nobleza, ésta fue obligada por ley a servir directamente al Estado, bien como oficiales del ejército, bien en oficios de la administración civil. Pedro el Grande, en su deseo de controlar absolutamente a la nobleza, la jerarquizó mediante un sistema de títulos oficiales, escala de rangos, en relación con las funciones desempeñadas en la administración. Este sistema de rangos permitía, siempre en la teoría, una cierta movilidad social, aunque en la práctica sólo propició el debilitamiento de la burguesía, una clase social, además, muy escasa en la Rusia de la transición del siglo XVII al XVIII.

Un Senado para el Zar

En el plano político, el absolutismo pleno del zar se vio favorecido por la liquidación de la antigua Duma –una "cámara representativa" controlada por la más rancia nobleza– y su sustitución por un Senado (1711) diseñado en función de las necesidades políticas personales del zar. Asimismo, el proceso de absoluta centralización política se complementó con la creación de gobiernos provinciales y locales que aseguraban la fidelidad completa de toda la población hacia su soberano. Evidentemente, todo este programa reformista, lesivo tanto para los estamentos privilegiados, como muy especialmente para los campesinos y siervos, produjo frecuentes revueltas: protestas fiscales crónicas entre 1705 y 1720, alteraciones en el Asia central en 1720-1728 y, sobre todo, la gran explosión social y política que supuso la sublevación cosaca de la región del Don (1707-1709) dirigida Bulavin. Al mismo tiempo, estas tensiones también se reflejaron en la corte y en el entorno familiar más próximo al zar, especialmente en el terrible suceso de la tortura y asesinato –ordenado por el propio Pedro– de su hijo y sucesor Alexis (1718).

El zar Pedro murió en su ciudad, San Petersburgo, el 28 de enero de 1725. Tras él, hasta la llegada al poder de Catalina la Grande, Rusia vivirá un periodo de enorme inestabilidad política, debido a la debilidad de sus sucesores y a las constantes conspiraciones palaciegas. Para los sectores más tradicionales, la Iglesia ortodoxa, este periodo de crisis no sería sino la venganza de la divinidad ante un zar autocrático que había debilitado la religión y, sobre todo, había propiciado la ruina moral de Rusia, al contaminarla con Occidente. ■

El mayor éxito de las reformas de Pedro I fue San Petersburgo, signo de la apertura económica e intelectual hacia Europa

La forja de Rusia

El Conquistador

Amplió las fronteras de Rusia, ganando terreno a los otomanos por el Sur, abriendo ventanas al Báltico y alcanzando el extremo oriente de Siberia. **José María Solé** relata las conquistas de un monarca cuyo diseño imperial pervivió durante tres siglos

El zar Pedro I el Grande con sus tropas (Moscú, Museo Nacional de Historia).

La herencia material que recibió el joven Pedro de sus antepasados era un país territorialmente considerable, pero aislado en espacios exclusivamente continentales. Rusia carecía por entonces de costas y de puertos y los mares Báltico, Negro y Caspio, sus salidas naturales al exterior, hasta aquel momento habían permanecido fuera del control de los autócratas del Kremlin.

Así, de forma paralela a las profundas reformas internas que decidió aplicar sobre todos los ámbitos de la vida del país, el fortalecimiento del papel exterior de Rusia como potencia emergente se alzó enseguida como la otra

José María Solé es historiador, autor de *Los pícaros Borbones*.

gran tarea, a la que dedicó todo el interés y personal esfuerzo a lo largo de su vida.

Para empezar, había que mirar hacia el Sur, donde el poder otomano siempre había constituído un permanente freno y desafío a cualquier posible expansionismo moscovita. Pero muy pronto, hubo el zar de digerir el fracaso que cosechó en 1695, en la primera de las campañas que emprendió en la zona. Con todo, de la derrota extrajo la lección y se convenció de la necesidad de contar con una flota de guerra adecuada, tarea a la que aportó de inmediato todos los medios posibles.

El efecto no pudo ser más brillante y esperanzador y, ya al siguiente año, consiguió arrebatar a los turcos la importante plaza de Azov. Fundó en las cercanías la ciudad de Taganrog y ordenó la construcción de una flota estable para el Mar Negro. El secular enemigo otomano tardaría, sin embargo, mucho en dejar de ser amenazadora presencia en las fronteras meridionales del Imperio. Pero, por el momento, este éxito dejaba a Pedro las manos libres para ocuparse de otro asunto: el ámbito báltico se abría ahora a su acción expansiva.

Escena previa al inicio de las acciones en esta zona fue la denominada Gran Embajada, aquel legendario viaje que, junto con más de dos centenares de acompañantes, hizo a varios países occidentales. Durante el mismo, fracasó en su intento de implicar a las dos grandes potencias marítimas, Inglaterra

Cronología

1672. Pedro I nace en Moscú el 30 de mayo.
1676. Muere el zar Alexis, padre de Pedro I. El zar Fedor accede al poder.
1682. Muerte del zar Fedor. Regencia de Natalia Nariskina.
1689. El 11 de octubre, Pedro es proclamado zar, aunque el poder se mantiene en manos de su madre.
1697-1698. Primer viaje a Occidente. Pedro I se desplaza de incógnito.
1700. Muerte de Carlos II en España. Pedro I firma el Tratado de Constantinopla con los turcos. Derrota de Narva, frente a Carlos XII de Suecia.
1701. Sustitución del Patriarcado ortodoxo por un órgano colegiado de todos los monasterios.

Vista general de **Moscú** en el siglo XVIII.

Federico I, rey de Prusia.

Carlos II, el último Austria español.

1702. Un *ukase* imperial permite la práctica de cualquier religión. Muere Guillermo III de Inglaterra. Ana es nombrada reina.
1703. Fundación de San Petersburgo. Primer periódico ruso. Acceso de Ahmed III en Turquía.
1704. Pedro I recupera la plaza de Narva.
1705. Inicio de una serie de revueltas fiscales crónicas hasta 1720.
1707-1709. Sublevación cosaca de la región del Don.
1708. Pedro I triun-

Pedro I autorizó la libertad religiosa.

Carlos XII de Suecia, victorioso en la **Batalla de Narva**, en 1700. La derrota de Pedro I en esta ocasión le demostró la necesidad de contar con un ejército moderno.

y las Provincias Unidas, en su pugna con Turquía. En aquellos momentos, ingleses y holandeses tenían puesta su vista y sus mayores intereses en la cuestión sucesoria al trono español, con un Carlos II que vivía sus postrimerías en medio de la desatada discusión sobre su sucesor.

Guerras paralelas

A partir de aquel año 1700, la compleja red de las relaciones y conflictos internacionales en Europa iba a quedar dividida en dos espacios, apenas relacionados entre sí, pero igualmente definidos por guerras abiertas. Por una parte, en la mitad occidental del continente, sería la Guerra de Sucesión al trono español la que, hasta el año 1714, decidiría los vínculos o rupturas entre las potencias. Por otra, la Guerra del Norte, proseguida hasta 1721, iba a desbancar a Suecia del papel de potencia hegemónica en la zona, para entregárselo a una Rusia que hasta ese momento apenas había empezado a sacudirse el espeso velo de las oscuridades asiáticas.

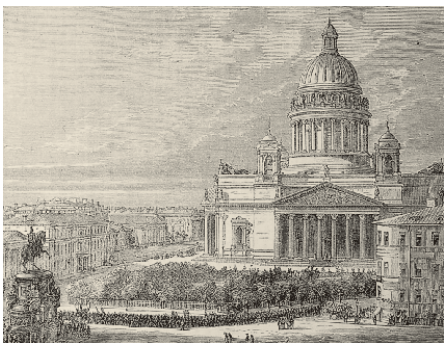
Austria, por su parte, estaba también muy directamente implicada en la guerra española y mostraba, por tanto, escaso interés en aliarse con Pedro contra Turquía. Comprobado esto, el zar adoptó una postura realista y decidió bajar la tensión en el Sur para concentrar todos sus esfuerzos en el sueño báltico. Así, en aquel mismo año 1700, firmaba con los turcos el Tratado de Constantinopla.

Aliados contra Suecia

En el Norte, el gran adversario era Carlos XII de Suecia. Para enfrentarse a él, Pedro estableció alianzas con Polonia y con Noruega-Dinamarca, deseosas de ver el fin de la opresión que el poderío sueco les imponía. Fue Suecia la que abrió las hostilidades invadiendo Carelia, Estonia y Livonia. Y en esta ocasión, nuevamente una derrota inicial le sirvió a Pedro como instructiva lección. El fracaso se produjo en Narva, ciudad báltica siempre disputada y le reafirmó en su idea de la necesidad de contar con un ejército permanente y moderno en todos los órdenes.

Esta campaña era decisiva para todos sus planteamientos y decidió imprimir en ella la totalidad de sus energías, "día y noche", según sus propias palabras. En esta línea, participó en los más destacados combates que fueron jalonando la guerra y, llegado el año 1704, pudo tomarse personalmente la revancha con la recuperación de la plaza de Narva. Para entonces y a muy poca distancia de allí, ya estaba Rusia abriendo simbólicamente su ventana a Europa, por el titánico es-

fa en la Batalla de Lesnaya.
1709. Los suecos sufren una fuerte derrota en Poltava.
1711. Pedro es derrotado por Carlos XII a orillas del Prut.



San Petersburgo, en un grabado de 1874.

Sustitución de la antigua Duma por un Senado. Carlos VI, emperador.
1712. San Petersburgo, elevada a la categoría de capital.
1713. Paz de Adrianópolis. Los rusos toman Helsingfors.
1714. Finaliza la Guerra de Sucesión en España.
Pedro I ordena que los 350 mayores propietarios nobles y los 300 mercaderes más ricos se construyan una casa en piedra en San Petersburgo.
Jorge I, rey de Gran Bretaña.

Luis XIV, por Antoine Benoist.

1715. Muere Luis XIV.
1716-1717. Segundo viaje a Occidente, ya como zar.
1718. Muerte de Carlos XII en Noruega. Pedro I ordena la tortura y muerte de su hijo y sucesor, Alexis.
1721. Paz de Nystadt, por la que Rusia devuelve Finlandia a Noruega, pero conserva el resto de sus conquistas en la zona.
1725. El 28 de enero muere Pedro I. Se inaugura la Academia de Ciencias.

Carlos XII de Suecia falleció en 1718.

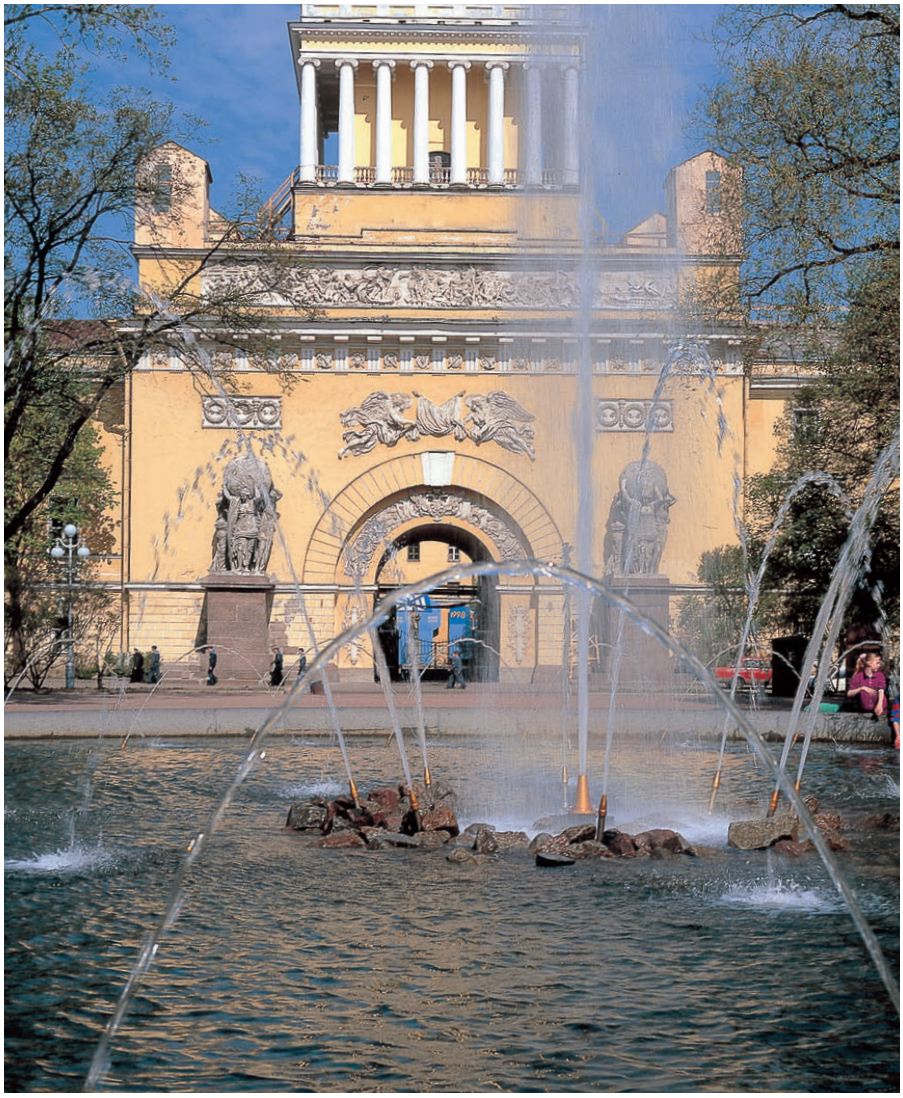
Pedro I el Grande conquistó para Rusia una **salida al Báltico** (grabado anónimo, París, colección particular).

fuerzo de la construcción de la ciudad de San Petersburgo, sobre las malsanas marismas de la desembocadura del Neva en el Báltico.

Avance hacia el Oeste

Un nuevo asalto, contando con unas fuerzas de 200.000 hombres y junto con las de Augusto II de Polonia, le llevó a la conquista de Carelia, Estonia y Livonia. Pero ello no detuvo a Carlos, que a su vez invadió Polonia, destronó al rey Augusto y puso en su lugar al efímero Estanislao Lesczynski, que solo reinaría cinco años. Cuando la respuesta armada de Pedro volvió a abrir las hostilidades en 1707, el sueco penetró ya en territorio propiamente ruso. Quería vencer al enemigo tocándole donde más daño podía hacerle. Pero su terca voluntad de alcanzar Moscú, el sagrado corazón de la vieja Rusia, iba a ser la causa determinante de su fracaso final. Sería así Carlos XII, como más adelante Napoleón y Hitler, una de las más señeras víctimas de la naturaleza y las inmensidades rusas.

En 1708, Pedro volvió a estar presente el día en que sus armas alcanzaron el triunfo en la batalla de Lesnaya. Siempre luchando contra las fuertes resistencias que su política encontraba en las profundidades de su propio país, logró al año siguiente la definitiva victoria de Poltava. Era ésta una ciudad ucraniana que soportaba un largo



El Almirantzago de San Petersburgo, obra de Adriano Zajarov, fue uno de los primeros edificios construidos en la nueva capital de Rusia.

asedio por parte de los suecos y allí acudió el zar a levantar el sitio. El día 8 de julio de 1709, infligió una tremenda derrota a sus adversarios. Carlos XII, malherido, solamente pudo salvar la vida huyendo del campo de batalla junto con sus aliados los jefes cosacos. El curso de la guerra había dado un definitivo e irreversible viraje.

Esta victoria ponía fin a la hegemonía sueca en la zona y hacía entrar a Rusia en el concierto europeo por la puerta grande. El racionalismo aplicado por el zar a las tareas bélicas daba sus frutos de la forma más brillante, ya que la acción de sus ingenieros militares había demostrado ser una de las claves de tan decisivo triunfo.

Ahora, Pedro podía permitirse intervenir de forma directa en decisiones políticas a nivel continental. Repuso en el trono de Polonia a Augusto II, renovó su coalición con Dinamarca y tomó las fundamentales plazas bálticas de Reval, Riga y Viborg, viejos bastiones de la Hansa, aquella asociación mercantil que había regido durante siglos los destinos de todo el Norte de Europa.

Sobre todos los frentes

El derrotado Carlos XII había encontrado refugio en la corte otomana. Su personal habilidad le permitió convencer al sultán para abrir de nuevo la guerra contra Pedro. En el verano del año 1711, éste resultó derrotado a orillas del Prut, traicionado por sus temporales aliados moldavos y valacos. Las negociaciones de paz que siguie-

ron no fueron excesivamente duras para Rusia, salvo lo que le suponía la devolución de la codiciada Azov. Con todo, los turcos decidieron reanudar la guerra, hasta que la firma de la Paz de Adrianópolis, en 1713, le puso fin, al menos por el momento.

Una vez más, Pedro ya había hecho su elección: abandonaba el pacificado flanco sur y se centraba en el Báltico. Para él estaba muy claro que las necesarias reformas que el Imperio Ruso necesitaba debían entrar por allí, procedentes de aquellos países occidentales a los que veía como modelos a imitar. En 1713 tomaba Helsingfors, mientras Carlos XII, convertido ahora en amenazado rehén del sultán, se veía obligado a refugiarse en su país, huyendo a través de Hungría y Alemania. Suecia, hundida en la anarquía por la ausencia de su monarca, era ya un adversario definitiva e irremisiblemente quebrado. Las grandes victorias de antaño apenas apenas eran poco más que un recuerdo para nostálgicos.

Ahora los ejércitos rusos marchaban imparables y ocupaban Mecklemburgo, Pomerania, Holstein y el norte de Alemania. Aproximarse de esta forma al mismo corazón de Europa era como un sueño jamás siquiera imaginado. El Zar, precisado de consolidar esta expansión, trató nuevamente de pactar con Francia y las Provincias Unidas. Entonces, un débil y mal aconsejado Carlos XII decidió llevar la guerra hasta Noruega y allí finalmente murió en oscuras circunstancias, en diciembre de 1718. Ello no trajo la paz inmediata, pero permitió a los rusos aumentar su presión, llegando a amenazar a la misma ciudad de Estocolmo, desde donde las autoridades se empeñaban ciegamente en mantener abiertas unas hostilidades cuyo resultado estaba más que anunciado.

Un legado de tres siglos

El 10 de septiembre de 1721, la firma de la Paz de Nystadt supuso el momento de la necesaria transacción. Pedro devolvía Finlandia a Suecia, pero conservaba Carelia y el resto de sus conquistas en el área. Por otra parte, la lucha en el Norte no le había impedido realizar otra gran tarea y, entre los años 1714 y 1717, había vuelto a enfrentarse, con éxito y sin demasiado esfuerzo, a los poderes vecinos del Sur: el Imperio Otomano y Persia. Llevó personalmente la guerra hasta el Cáucaso y fue en este momento de euforia, coincidente con la Paz de Nydstadt, cuando fue proclamado *Zar de todas las Rusias*.

La **caballería de Carlos XII** de Suecia dispuesta para la carga, en un grabado anónimo. El monarca sueco fue el gran perdedor frente a la Rusia de Pedro I.

Como ilustradora muestra de la voluntad de Pedro de forjar una gran potencia, dentro de las nuevas instituciones del Estado que se estaban poniendo en funcionamiento, los departamentos de Marina, Guerra y Asuntos Exteriores ostentaban un rango del más alto nivel. Todavía la tercera frontera, las inmensidades asiáticas del Este, le esperaba silenciosa y, naturalmente, no rechazó el desafío. Aquí no había adversarios a los que enfrentarse y los problemas venían dados por la excepcional amplitud del espacio sobre el que actuar y sus condiciones climáticas.

En el otoño de 1725, con una salud muy quebrantada, tanto por sus excesos personales como por el esfuerzo realizado en la permanente guerra, aún pudo Pedro dar las correspondientes instrucciones para la expedición que el danés Vitus Bering organizaba a la península de Kamchatka. Allí, al otro lado del mundo, frente al poderío de Rusia se alzaba el que no tardaría en convertirse en su otro gran adversario: Japón, por el momento todavía recluido en su insularidad.

Cuando Pedro murió, dejaba a Rusia convertida en la incuestionable primera potencia de la parte oriental del continente europeo. Sus actos de gobierno y las reformas que en todos los órdenes impulsó llevaron a su país a los más elevados puestos de la comunidad internacional. A partir de ese momento, Rusia ya no sería nunca más un Estado marginal y apartado de las decisiones que afectaban al destino de las poblaciones europeas.

Cuando Pedro I murió en 1725, dejaba a su país convertido en la primera potencia de la parte oriental del continente europeo

Una actuación personal, pues, de excepcional calado histórico para su país y los vecinos, como apuntaba recientemente el especialista británico T. C. W. Blanning, cuando escribía: "Fue en 1689 cuando el zar Pedro I llegó al poder y empezó a conducir a Rusia a ser el poder dominante en Europa Oriental. Esto sólo acabaría trescientos años después, en 1989." ■

Pedro I el Grande en los trabajos de construcción de San Petersburgo, óleo historicista de Vasili Chudojarov, siglo XIX (Kostroma, Museo de Arte).

La nueva imagen del poder
EL CONSTRUCTOR

Las transformaciones de Pedro I el Grande incluyeron una auténtica revolución cultural, cuya obra más emblemática es la fundación de la ciudad de San Petersburgo. **Carlos Martínez Shaw** analiza el significado de los cambios y describe la construcción de la nueva capital

En 1759, el escritor Alexander Sumarokov, escribía en su *Elogio de nuestro soberano el emperador Pedro el Grande*: "Antes de Pedro el Grande, Rusia no había recibido ni Luces, ni una concepción clara de las cosas, ni las ciencias más benéficas, ni una instrucción en profundidad... Pero fueron creciendo las fuerzas de Pedro, salió el sol y se disiparon las tinieblas de la ignorancia". Así, tres décadas largas después de su muerte, la obra de Pedro I se veía como una verdadera revolución cultural, que había significado la adopción por Rusia de las formas culturales de Occidente y el nacimiento de una nación ilustrada en los confines del Viejo Mundo. Una imagen que ya habían contribuido a difundir en vida del monarca los propios intelectuales europeos, como Leibniz, que consideraba al zar como un esforzado promotor de las Luces, como un bienhechor de la humanidad y como un ejemplo de su teoría de que la civilización había pasado desde Grecia al Norte de Europa. O como Fontenelle, que podía escribir que "en Moscovia todo estaba por hacer y nada por perfeccionar: se trataba de crear una nación nueva y, lo que le confiere aún más el valor de una creación, había que actuar solo, sin auxilios, sin instrumentos".

Carlos Martínez Shaw es catedrático de Historia Moderna, UNED.

En el centro de la ciudad, cartel conmemorativo del **300 aniversario** de la fundación de San Petersburgo.

Se discute mucho sobre la existencia de un proyecto articulado de reforma cultural en la mente de Pedro I o si, por el contrario, el zar se dejó llevar de la improvisación a la hora de dictar sus medidas de gobierno. Sin entrar en un debate –que por otra parte parece saldarse hoy por el primer término de la disyuntiva–, lo que sí está claro es que desde un principio Pedro fue consciente del atraso de la vieja Rus y de la necesidad de recurrir a la Europa occidental en busca de esos auxilios y esos instrumentos de que carecía la nación puesta bajo su soberanía. Sólo así se explica el desarrollo de su primera embajada a Europa en 1697, una delegación de 250 personas, incluyendo al propio zar, que viaja de incógnito bajo el nombre de Piotr Mijailovich y que se inscribe como carpintero en el Almirantazgo de Amsterdam, a fin de conocer el funcionamiento de los astilleros de la Compañía de las Indias Orientales, al tiempo que estudia matemáticas, fortificación y cartografía y se familiariza con la banca de la ciudad holandesa, además de aprovechar el viaje para contratar a mil oficiales y técnicos extranjeros para promover la industria y para crear un ejército y una marina de rasgos auténticamente modernos.

Infraestructura industrial

Puede decirse que a su regreso la idea de la modernización de Rusia a través de su occidentalización inspira de modo inequívoco sus medidas de gobierno, que a partir de ahora caminarán siempre en la misma dirección. Pedro sabe que precisa de una infraestructura industrial que se convierta en la base de un poderoso ejército y de una marina de guerra digna de tal nombre, capaces de vengar la severa derrota que muy pronto le inflingirá en Narva Carlos XII de Suecia (noviembre de 1700). Y también sabe que necesita de una administración eficiente que sepa canalizar las energías de la nación, desde la capital hasta los confines de Rusia. Para ello, es preciso formar unos cuadros competentes, que sólo pueden salir de la clase dirigente, de la vieja clase aristocrática de los boyardos, que habrá de

Aldea de un terrateniente en Rusia, según un dibujo procedente del *Álbum de Meyerberg*, realizado entre 1661-1662.

convertirse en una nobleza de servicio (militar y civil) rígidamente encuadrada en el sistema funcionarial del escalafón o *tchin*. Ahora bien, estos cuadros no nacen de la noche a la mañana y, por lo tanto, la tarea que se revela como prioritaria es la de dotar a estas clases dirigentes de una instrucción basada en modelos occidentales.

De ahí que la reforma cultural de Pedro I sea en primer lugar una reforma educativa de las clases privilegiadas. Una educación que se puede adquirir en el extranjero, a donde obliga a marchar a numerosos contingentes de boyardos jóvenes, y no tan jóvenes, sin opción a réplica. Sin embargo, hace falta también dotarse de unos instrumentos dentro de las propias fronteras, lo que se trata de conseguir mediante la creación de escuelas –al principio, meras "escuelas de números", es decir de matemáticas y algo de geometría–, regentadas por el clero ortodoxo o por educadores foráneos –que no constituyeron precisamente un éxito– y mediante las escuelas profesionales, de índole esencialmente militar, para la formación de pilotos, artilleros e ingenieros: Escuela de Matemáticas y Navegación, Escuela de Artillería, Escuela de Ingenieros, Academia de Marina. Hay que decir que todas las escuelas se distinguían por sus principios de instrucción racionalista, laica (incluso cuando contaban con monjes como maestros), útil y práctica, que han hecho que se hable de Pedro como del primer tecnócrata de los tiempos modernos.

Barbas fuera

Ahora bien, dentro de este programa radical, la nobleza no sólo debía instruirse, sino además adoptar los hábitos occidentales. La imagen más difundida de esta campaña es la violenta actuación contra el viejo símbolo, religiosamente connotado, de la dignidad de los boyardos, sus largas barbas, que fueron cortadas en seco, del mismo modo que las anchas mangas de los vestidos, también prohibidas por la autocrática voluntad del zar. Fue el signo visible de una ofensiva tendente a imponer las costumbres sociales de Occidente: la frecuentación de bailes y saraos, el uso de una nueva indumentaria y el hábito del café y el tabaco, denunciado por la Iglesia como una de las prácticas que más a las claras revelaban el paganismo de los tiempos. Finalmente, para que no quedaran dudas sobre cuál debía ser la conducta de la nueva nobleza de servicio, el zar manda imprimir un folleto titulado *Honesto espejo de la juventud o reglas de la buena conducta cotidiana*, cuyos 189 ejemplares, que se leen con avidez, enseñan el modo de caminar, de saludar, de comportarse en la mesa, utilizando plato, cuchillo y tenedor, y hasta de llevar el pañuelo y el sombrero.

En este contexto, Pedro no podía dejar de chocar con la Iglesia ortodoxa.

Una ventana sobre Europa

La primera piedra de San Petersburgo la puso Pedro I el 16 de mayo de 1703: eran los cimientos de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, en el delta del río Neva. En la primavera de 1704, se erigió la fortaleza de Kronstadt, en la isla de Kotlin, en el golfo de Finlandia. A la vez, Pedro el Grande fundaba los astilleros del Almirantazgo frente a la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Dos años después, se procedía a la botadura del primer buque. Junto a la fortaleza y los astilleros, Pedro comenzó a erigir la ciudad que había de servir de "ventana sobre Europa". La primera casa, construida para el propio Pedro como residencia temporal, se conserva hoy como museo.

Los primeros edificios eran de una sola planta y construidos de madera, pero en 1714 se terminaba el primer palacio de piedra, edificado para el príncipe Alexander Danilovich Menchikov. Dos años antes, la ciudad había sido convertida en capital de Rusia, pero no fue hasta 1721 cuando Suecia, por la Paz de Nystadt, cedió formalmente la soberanía de la zona a Rusia. La nueva capital está considerada como una de las ciudades más espléndidas y armoniosas de Europa.

Entre los primeros edificios se cuentan la Casa de Comercio, actualmente Museo Naval, la Aduana y el Palacio de Verano. El primer puente flotante sobre el Neva se terminó en 1727, dos años después de la muerte del zar. El puerto de la ciudad ya controlaba el 90 por ciento del comercio exterior ruso en 1726 y en 1765 la ciudad surgida de la nada tenía una población de 150.000 habitantes, que para finales del siglo XVIII eran más de 220.000.

La ciudad fue rebautizada como Petrogrado en 1914 y como Leningrado en 1924. Creció extraordinariamente en el primer tercio del siglo XX, hasta superar los tres millones de habitantes. De ellos, más de 600.000 murieron, en gran medida por el hambre y el escorbuto, durante la Segunda Guerra Mundial. En 1991, en un referéndum, los ciudadanos decidieron devolverle su nombre original de San Petersburgo.

Embarcaciones en San Petersburgo en el siglo XVIII, según un grabado anónimo (Madrid, colección particular).

Naturalmente, y de un modo frontal, con los "viejos creyentes", los protagonistas del cisma religioso del tiempo de su padre, los *raskolniki*, que, desesperados al verse expulsados de las ciudades, sometidos a impuestos dobles y obligados a llevar trajes distintivos, optaron muchas veces por la huida a los territorios más alejados o incluso por la "muerte roja", es decir por la autoinmolación por el fuego, como hicieron pueblos enteros, que escribieron así una página más de la historia de la resistencia. Sin embargo, tampoco la Iglesia oficial se mostró muy inclinada a colaborar con las medidas de reforma cultural del zar, de modo que la intervención regalista de Pedro en el mundo eclesiástico fue una consecuencia lógica de su proyecto político. Así, la muerte del patriarca Adriano le permitió primero dejar sin cubrir el patriarcado para luego suprimirlo, tras la promulgación en 1721 del Reglamento Eclesiástico redactado por Feofan Prokopovich, uno de los más estrechos colaboradores del zar. De este modo, la dirección de los asuntos de la Iglesia ortodoxa quedaba en manos de un Sínodo, cuyos miembros tenían el mismo rango de funcionarios que los servidores de cualquier otra institución laica, mientras Pedro se atribuía la suprema autoridad en el campo religioso, "dado que el pueblo es incapaz de saber la distancia entre el poder espiritual y el poder del zar".

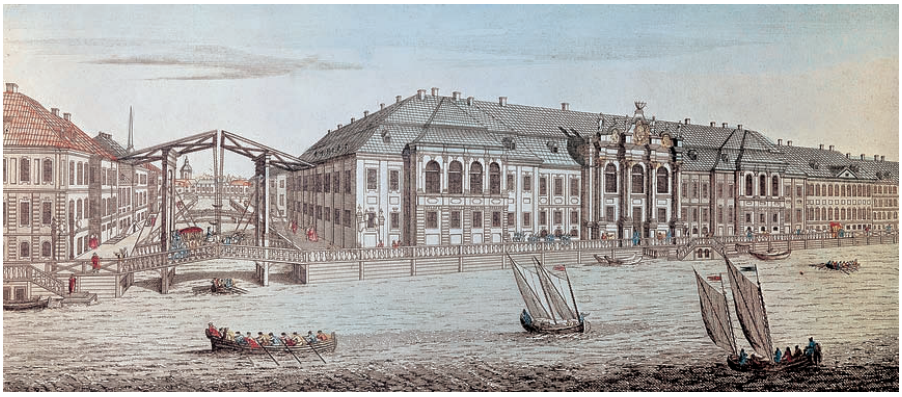
Es el comienzo de un proceso de secularización, que permite la aparición de una literatura laica, sin contenido religioso. Las primeras publicaciones, como en el caso del folleto de urbanidad, tienen una finalidad práctica. Así, la *Aritmética* escrita por León Magnitski contiene, además de las cuatro reglas, toda una serie de informaciones de utilidad para la vida diaria. Del mismo modo, el periódico *Vedomosti* (Las Noticias), también ofrece informaciones técnicas, al tiempo que sirve de vehículo para dar publicidad a los *ukases* imperiales. Tales publicaciones contribuyen, además, a la renovación del lenguaje, ya que el ruso incorpora cientos de nuevos términos, fundamentalmente vinculados a las técnicas y a las costumbres occidentales trasplantadas a la vieja Rus, y tomados del latín, del alemán, del danés, del inglés, del francés, del sueco, del polaco y de otros idiomas europeos.

Zar y boyardos, **antes de la reforma de la indumentaria** impuesta por Pedro I, según una *Historia ilustrada del vestido*.

Primera generación de escritores

Sin embargo, la literatura culta tarda más en aparecer. Si el príncipe moldavo Dimitri Cantemir, otro de los consejeros de Pedro, publica en 1716 su *Historia del auge y decadencia del Imperio Otomano*, todavía lo hace en latín (*Incrementa atque decrementa Aulae othomanicae*). No obstante, la fundación de la Academia de Ciencias (aconsejada por Leibniz y por Wolff e inaugurada en 1725), después de unos humildes comienzos, permitirá la formación de la primera generación de escritores rusos, como Antioco Cantemir (hijo de Dimitri), Vasili Trediakovski y Mijail Lomonosov, cuya obra cubrirá los años posteriores a la muerte de Pedro I. Es el momento en que puede empezar a hablarse ya de una verdadera *Prosvechtchenié*, una Ilustración específicamente rusa.

La Academia de Ciencias se estableció en la ciudad de San Petersburgo, la creación más cumplida de Pedro I, el símbolo cabal del proyecto político del zar, la plasmación más significativa de su reformismo cultural. Un historiador ruso, Serguei Soloviev, afirmó que la iniciativa de Pedro I condujo a



El Palacio de Invierno, frente al río Neva, en un grabado del siglo XVIII. Cerca de **30.000 personas murieron en la construcción de la ciudad** en una zona de marismas.

Provisiones para la Corte rusa en San Petersburgo. **La ciudad nació sobre una isla del delta del Neva**, aunque luego su centro se trasladó a la orilla opuesta, junto al Almirantazgo.

Rusia "de Oriente a Occidente, de Asia a Europa, de la estepa al mar". De ahí que la nueva Rusia requiriese, a los ojos del zar, de una nueva capital en el Báltico, abierta a Europa, a Occidente y al mar. Y así a partir de 1703 Pedro dedicó una gran parte de su energía a la edificación a orillas del río Neva de la ciudad que llevaría el nombre de su santo patrón y que, elevada a la categoría de capital en 1712, debería convertirse en el signo parlante de su programa de modernización.

La construcción de San Petersburgo fue una obra faraónica, que costó la vida a unas treinta mil personas, víctimas de las fiebres de las marismas, de las inclemencias climatológicas, de los accidentes y de la subalimentación: presidiarios condenados a trabajos forzados, campesinos y soldados rusos, prisioneros de guerra suecos y turcos, voluntarios estonios y fineses. La ciudad nació en torno a la Fortaleza de Pedro y Pablo, edificada sobre una isla del delta del Neva, aunque posteriormente el centro de la población se trasladaría a la orilla opuesta, en torno al núcleo del Almirantazgo, con su astillero y sus fábricas de cañones, pólvora y alquitrán, de donde partían las grandes arterias (avenidas o "perspectivas") concebidas por el francés Leblond, el diseñador del plan urbanístico general. En 1714, Pedro ordenó que los 350 mayores propietarios nobles y los 300 mercaderes más ricos construyesen una vivienda en la ciudad, que a su muerte pudo contar con unos setenta mil habitantes. Tales residencias otorgarían un especial brillo a San Petersburgo, dado además que a partir de 1714 debieron construirse en piedra, contrariamente a lo prescrito para las restantes ciudades rusas.

Fue el momento de los arquitectos extranjeros convocados por Pedro, especialmente Trezzini, un oriundo de la Suiza italiana, que dejó su impronta en la construcción de la ciudad, donde levantó, entre otros edificios, la Catedral de San Pedro y San Pablo –una basilica de tres naves rematada por una aguja dorada–, así como el pequeño Palacio de Verano del zar, convertido en un primer manifiesto de la ruptura con la vieja Rus, con sus estatuas venecianas de tema mitológico y su pintura monumental decorativa, especialmente presente en los techos, donde el Barroco europeo desplegaba sus esplendores para representar los triunfos de Minerva, de Pedro y de la nueva Rusia.

El segundo "hijo mimado"

Finalmente, no puede dejar de mencionarse el suntuoso palacio construido en las afueras, el Peterhof (*Petrodvoriets*), concebido como una residencia cortesana pero también como un lugar de descanso para gozar de los placeres, lejos de las obligaciones de gobierno, en sus hermosos pabellones cuyos nombres denotan la inspiración francesa: la Ermita, Marly, Monplaisir. Peterhof fue, tras la propia ciudad, el segundo hijo mimado del emperador, que lo convirtió en un verdadero reino de Neptuno, con su Gran Cascada y sus majestuosas representaciones de las divinidades acuáticas (fluviales y marinas), que debían recordar a todos las conquistas en el Báltico y la nueva vocación marítima de Rusia.

Ahora bien, aunque San Petersburgo sea el símboolo del reinado, Pedro tampoco descuidó Moscú, donde también fomentó la presencia de la nueva arquitectura a la occidental. En honor a la verdad, hay que decir que, ya antes, la familia Narishkin había introducido las formas del Barroco europeo en construcciones tan asombrosas como la Iglesia de la Intercesión del arrabal mosco-

La modernización técnica y cultural de Pedro I no llevó aparejado un proceso paralelo de transformación social

vita de Fili, con su original silueta de flor de cuatro pétalos y su impulso vertical de plantas superpuestas, rompiendo así la tradición arquitectónica y religiosa al mismo tiempo. Más tarde, el más austero barroco petrino se desplegaría en el arsenal del Kremlin y en las dos construcciones religiosas debidas al diseño del ruso Zarudny: las iglesias del Arcángel San Gabriel (conocida también como *Torre Menchikov*) y de San Juan Guerrero de Yakimanka, que una leyenda quiere que contara con la colaboración del propio Pedro I en la elaboración de los planos.

El valor del retrato real

Junto a la arquitectura, el zar dedicó toda su atención a promover otras dos ramas de las artes plásticas, el retrato y el grabado. El retrato fue el arte por excelencia de la época, ya que Pedro necesitaba contar con representaciones fieles de su propia persona y con representaciones documentales de los hechos del reinado para servir a la propaganda de su figura y de su política. No por casualidad entre los primeros cuadros que rompen con la tradición bizantina de sus antecesores y ofrecen una imagen individualizada del retratado, se cuentan el anónimo de 1720 y el pintado por Tannauer –que evoca al emperador como el vencedor de Poltava–, ambos en el Museo Ruso de San Petersburgo. Junto a la familia imperial, también es el momento de los retratos de altos miembros de la Corte, como los que realiza del canciller conde Golovkin y del barón Stroganov el pintor Ivan Nikitin, formado en el extranjero (en Venecia y Florencia), al igual que Andrei Matveiev, que permaneció once años en Holanda, antes de ofrecer una obra totalmente inédita en Rusia, su *Venus y el Amor*, pintada probablemente al año siguiente de la muerte de Pedro.

Pedro I fundó las primeras escuelas de grabado, ya que esta técnica, además de ejemplificar la unión entre el arte y la ciencia, servía a los fines de divulgación de los conocimientos útiles que habían constituido uno de los objetivos más perseguidos por el soberano. Así, de las imprentas salieron diversas series de láminas ilustrando manuales científicos, relaciones de fiestas y otros escritos, así como mapas o representaciones alegóricas, como los

El retrato de Pedro I, por el pintor francés del XIX Hippolyte Delaroche, enfatiza la energía con que el zar promovió el **proceso de modernización** de Rusia (Hamburgo, Kunsthalle).

triunfos rusos. Especial impulso recibieron las imágenes de San Petersburgo, donde el frente marítimo y los barcos dominan con frecuencia el paisaje, como en los grabados de Alexis Zubov, formado en la escuela holandesa.

Llegada la hora de concluir, hay que señalar los claroscuros de la obra del Pedro el Grande en el terreno de la renovación cultural de Rusia. No hay duda, tal como reconocieron ya los contemporáneos, de que el emperador promovió con una energía indomable un acelerado proceso de modernización de inspiración occidental. No cabe tampoco duda de que tuvo éxito en su empresa pese a la ingente magnitud del atraso de que hubo de partir y pese a la lógica resistencia de la Rusia tradicional. Sin embargo, la modernización técnica y cultural no llevó aparejado un proceso paralelo de transformación social, por lo que la gran mayoría del pueblo ruso, que siguió viviendo en las mismas (o peores) condiciones de servidumbre y sometimiento a las clases privilegiadas, quedó al margen del proyecto reformista, de modo que el legado de Pedro se transmitió a sus sucesores con el considerable *handicap* de este radical desequilibrio. Y esto, sin hacer la valoración de los costos del programa del emperador, porque ya la hizo Lenin de modo magistral: "Pedro aceleró la adopción del modo de vida occidental por la Rus bárbara, sin desdeñar los medios más bárbaros para combatir la barbarie". ■

PARA SABER MÁS

Anderson, M. S., *Pedro el Grande*, Barcelona, 1985.
Carretero Zamora, J. M., *La Rusia de Pedro el Grande*, Madrid, Cuadernos de Historia 16 (268), 1985.
Massie, R. K., *Pedro el Grande*, Madrid, 1986.
Russian Ark (2002), dirigida por Aleksandr Sokurov. **www.rottentomatoes.com/m/RussianArk-1117146/reviews.php**